

ción. El ejército republicano ha ganado la batalla de Wattigues, pero ¿dónde está Wattigues? En Francia, según creo, en las cercanías de Lille. Es el camino de Flandes, pero no el de Nápoles. Por otra parte, he oído decir que nuestros aliados los ingleses habían tomado a Santo Domingo.

—Es que yo no digo que tema a los jacobinos de Francia; los jacobinos a quienes yo temo son los de Nápoles.

—En cuanto a estos de Nápoles, querida maestra, tenéis a Médici para hacerlos arrestar; con Vanni, Guidobaldi y Castelcicala para juzgarlos, y a Donato para colgarlos. Se los abandono, señora; haced de ellos lo que mejor os venga en gana. Sólo procuraré conservar a Cotugno, que es buen médico y conoce mi naturaleza, pero todos los demás, vuestros son, literatos, nobles, los Conforti, los Pagano, los Caraffa, no valen para mí una brizna del excelente tabaco de España que me envía mi hermano Carlos IV... A propósito, voy a daros una noticia: he cotejado mi diario de caza con el suyo, y encuentro que he matado, desde enero último hasta la fecha, es decir, en un año menos algunos días, una tercera parte más que él.

—Le felicito sinceramente—dijo la Reina encogiéndose de hombros;—es una ocupación muy interesante esa caza todos los días, en las circunstancias actuales.

—Señora, si yo no hubiese cazado, ¿creéis que los revolucionarios no se habrían apoderado de Tolón?

—Es verdad, señor—repuso Carolina con desprecio,—no acierto a decir si tenéis más de filósofo que de lógico, o viceversa. Os aconsejo que cultivéis una u otra de dichas ciencias, o ambas a la vez, si así os place, en tanto que yo aprovecharé el permiso que me dais para recurrir a los talentos de Médici, de Vanni y demás recomendados vuestros. Podéis ir, señor, y no olvidad lo del puñal clavado en la puerta de vuestro dormitorio; recuerdo que provocará en vos salvadoras ideas, saludables pensamientos ¿Vais hoy a cazar?

—No, señora, voy a pescar.

—El momento es bien elegido. Id a

pescar, y a vuestro regreso me daréis noticias de vuestros barcos.

El Rey, que ya había dado un paso en dirección a la puerta, se detuvo.

—Tenéis razón—dijo,—voy a dar contraorden. Me contentaré con tirar a los faisanes en Capodimonte.

Y salió.

Carolina hizo llamar al general Acton, y con él se convino:

Que el mismo día sería decretada la enajenación, en provecho del Tesoro, de un gran número de propiedades eclesiásticas; que se impusiera a Nápoles una contribución extraordinaria de cien mil ducados, a lo menos, y a la nobleza ciento veinte mil;

Que las iglesias, los monasterios, las capillas darían sus vasos de oro y plata, con excepción de los que fuesen de absoluta necesidad;

Que los ciudadanos debían vender sus joyas y objetos de valor, y entregar su importe al Tesoro; en pago recibirían bonos del Banco pagaderos a cierto plazo;

En fin, que sin cuidarse del clamoreo que tales disposiciones podrían levantar, el Gobierno se incautaría de los Bancos públicos.

Doscientos cincuenta millones fué el resultado de estos acuerdos.

Además, el consejo de Estado recibió de la propia Reina orden de empezar sus funciones; las cuales, en efecto, empezó, arrestando a un centenar de individuos designados por María Carolina.

### LXIII

Digamos cuatro palabras del criminal, o mejor dicho del primer inocente que abrió a tantas víctimas la sangrienta vía del patíbulo y de la horca.

Encontrándose en Nápoles la Reina, con motivo de las fiestas de Pascua, que nunca dejaba de celebrar, llegó a

nuestros oídos que la iglesia del Carmen, una de las más veneradas en la ciudad, acababa de ser manchada con un acto de espeluznante impiedad.

Conviene decir ante todo algo sobre la iglesia del Carmen.

La fundó la reina Isabel, madre del joven Conradino. Venía la Reina en un navío cargado de oro para rescatar a su hijo de manos del duque de Anjou, o mejor dicho, del rey de Nápoles. Llegó demasiado tarde! El oro que debía rescatar al infortunado niño fué empleado en edificar una capilla en la que se inhumaron sus restos y los del duque de Austria, que, no pudiendo vivir sin él, quiso morir al mismo tiempo.

En 1438, durante el sitio de Nápoles, un proyectil dirigido por Renato de Anjou, amenazó la cabeza del gran crucifijo de madera que se elevaba sobre el altar bajo el cual yacía sepultado Conradino; el crucifijo inclinó la cabeza sobre el hombro derecho, de modo que la bala pasó sin tocarla, y fué a incrustarse en el muro.

Ese crucifijo gozaba ya de una gran reputación de santidad; por un milagro del Cielo, los cabellos crecían en su cabeza lo mismo que en un cráneo vivo, y anualmente, en el día de Pascua, el alcalde de Nápoles los corta con tijeras de oro, y, después de haber separado una porción de ellos para los reyes y el príncipe real, distribuye el resto entre los fieles.

En el claustro de la propia iglesia fué asesinado Masaniello, en 1647.

Así que, debido a esas tradiciones, mitad históricas, mitad religiosas, la iglesia del Carmen, que se levanta junta al Mercado Viejo, esto es, en el barrio más populoso de la ciudad, es muy venerada de todas las clases sociales.

Pues bien, precisamente el domingo de Pascua de 1794, en el momento de levantar el sacerdote la sagrada forma, se oyó una voz que profería abominables, horrendas blasfemias, y un hombre pálido, con los cabellos erizados, cubierta de sudor la frente, echando espuma por la boca, se abrió paso por entre la muchedumbre, se abalanzó al altar, y, abofeteando al celebran-

te, le arrebató la hostia de las manos y la pisoteó.

En la Edad Media se hubiera dicho que aquel hombre estaba endemoniado, y se le hubiera exorcizado. En el siglo xvii se le consideró como impío y blasfemo, propagandista de los principios sacrilegos de Francia, y se le procesó.

El proceso fué breve. El culpable, no solamente dejó de defenderse, sino que, encarándose con los jueces, negó a Dios, a Jesús y a la Virgen.

Se llamaba Tomás; era de Mesina; tenía treinta y siete años, tres hermanos y una hermana; era huérfano de padre y madre, y carecía de domicilio conocido.

Tal fué, a lo menos, su declaración.

El clero sacó inmenso partido de este acontecimiento. Dijo que el acusado representaba la impiedad de la época y que era un símbolo viviente de la corrupción de la sociedad, arrastrada por los principios revolucionarios.

Respecto a los jueces, todo les parecía poco para expresar fielmente el horror que el crimen aquel les producía. Condenaron al criminal a la horca y a marchar amordazado al suplicio, temiendo que las blasfemias que acaso saldrían de su boca escandalizasen la conciencia de los buenos cristianos.

Además, durante los tres días que precedieron a la ejecución, se celebraron rogativas públicas en todas las iglesias para la expiación del crimen.

Dos jueces solamente, el presidente Cito y el consejero Potenza, se manifestaron contra la pena de muerte y pidieron que se encerrase a Tomás Amato en un manicomio.

El sábado 17 de mayo fué el día señalado para la ejecución.

Pasearon al reo por todas las calles de Nápoles, excepto las inmediatas al palacio real, porque en algunas de estas últimas hubiese podido encontrarse al Rey, encuentro que habría podido equivaler al perdón. El clero quería que toda la población de Nápoles conociese a un blasfemo.

En fin, la comitiva llegó a la plaza del Mercado, donde debía tener lugar la ejecución. El condenado iba acom-

pañado de *bianchi*, o sea, de los individuos de esa cofradía que goza del triste privilegio de sostener moral y físicamente a los reos en sus últimos instantes, y de diez o doce cofradías.

A pesar de esta larga y fatigosa caminata, una especie de exaltación febril sostenía al condenado, que subió la escalera con paso tan firme como si ignorase que cada escalón le conducía a la muerte. Después de la ejecución, quemaron el cuerpo y sus cenizas fueron aventadas.

El mismo día en que esta terrible muerte llenaba de terror a Nápoles, llegó una carta del general Danero, gobernador de Mesina, que reclamaba a un desgraciado llamado Tomás Amato que se había fugado del manicomio de Mesina.

Por más que se procuró guardar el secreto de aquella carta, divulgóse su contenido, y Nápoles supo — cosa que los jacobinos se apresuraron a publicar, — que los jueces habían confundido la exaltación de un loco con la impiedad de un ateo.

Este error, que debía haber calmado la vehemencia de los jueces, pareció, por lo contrario, excitarla. Resolvieron que las sesiones del tribunal fuesen permanentes y que sólo se interrumpiesen para comer y dormir.

Por aquel entonces, queriendo Inglaterra desquitarse de la derrota sufrida en Tolón, decidió la expedición contra Córcega. El Gabinete de San Jaime había de mucho tiempo atrás preparado a Paoli y sabía que podía contar con ese hombre, que sus compatriotas miraban entonces como el personaje más grande que hubiese dado su país.

La Reina fué advertida de este proyecto por sir Guillermo Hamilton, o, mejor dicho, por mí. Tratábase de obtener de ella, y el empeño no era difícil, que uniese sus tropas a las de Inglaterra, con arreglo a los términos del tratado entre la Gran Bretaña y el reino de las Dos Sicilias. El Rey propaló la voz de que, para esta expedición, había dado diez millones de su tesoro particular, y la Reina se presentó en público con diamantes falsos, di-

ciendo que había sacrificado los legítimos a las necesidades del Estado.

Nelson recibió el encargo de poner cerco a Calvi. Un proyectil, al dar contra el suelo, hizo saltar una granizada de guijarros, y uno de éstos, dándole en el ojo izquierdo, se lo vació.

Si se quiere conocer el carácter moral de aquel rudo marino, léase la carta que escribía al almirante Hood el mismo día en que recibió la terrible herida.

«Mi querido lord:

»Los detalles que le habrán llegado acerca de la batalla, seguramente no explican una cosa de escasa importancia. Se trata de una ligera herida que he recibido esta mañana en un ojo; y bien podrá usted creer que ha sido ligera, puesto que no me impide escribirle esta tarde.

»Crea usted en la sincera estima de su fiel.

»HORACIO NELSON.»

Sir Guillermo y yo nos enteramos de esta noticia, y sospechamos que la *ligera herida* suponía nada menos que la pérdida de un ojo.

La Reina, que estaba lejos de prever los servicios que algunos años más tarde le prestaría Nelson, se interesó un tanto en el suceso. En cuanto al Rey, al saber que Nelson había perdido un ojo:

—¿Cuál?—preguntó.

—El izquierdo, señor—le respondió.

—¡Bueno!—añadió Fernando,—esto no le impedirá cazar.

Había yo, desde mi llegada a Nápoles, sentido vivos deseos de presenciar una erupción del Vesubio; y, riendo, suplicaba a sir Guillermo, dada su intimitad con el volcán, que le encargase, en mi obsequio, un buen temblor de tierra.

Fuí complacida en mis anhelos.

El 12 de junio por la noche, sir Guillermo regresó a eso de las once, y, como quiera que yo me encontraba aún con la Reina, vino a buscarme.

—Señora—me dijo, después que hu-

bo saludado a los reyes,—vengo del observatorio. Ha deseado y desea usted ver una erupción acompañada de un temblor de tierra. Va usted a presenciar una, y de las más imponentes.

—¡Bravo!—exclamó el Rey;—sólo nos faltaba eso.

—Señor—dijo la Reina,—hay ocasiones en que la Naturaleza parece tomar parte en los sucesos humanos y participar de las pasiones del hombre. ¿Sabéis los presagios que precedieron a la muerte de César?

—No, a fe mía, señora. Un día oí a sir Guillermo hablar de un cometa; pero los cometas me tienen sin cuidado, al paso que los terremotos me infunden miedo, como todos los peligros cuya causa no me explico satisfactoriamente; y, además, los temo, porque suponen gastos de reconstrucción. ¿Recordáis lo que me costó el de 1783?

—Espero que, llegado el caso—objetó la Reina,—no haréis las mismas locuras; ahora, podemos hacer mejor uso de nuestro dinero que emplearlo en reedificar las chozas de los calabreses.

—Quizás fuera preferible darle esta aplicación en vez de destinarlo a hacer la guerra a los franceses. ¡Es un fiero volcán este Vesubio! Derrumba, por igual, chozas y palacios.

—¿No teméis que los jacobinos de París se apoderen de Portici y Caserta?

—¡Bah, bah!

La Reina se encogió de hombros.

—Decid lo que gustéis, señora—continuó Fernando,—temo más a los jacobinos de París que a los de Nápoles. ¡Qué mucho! Conozco a mi Nápoles, donde nací, y con tres F hago de él lo que quiero.

—¿Y cuáles son esas tres F?—pregunté riendo al Rey.

—¡Cómo! querida mía, no conocen ustedes el axioma favorito de Su Majestad?

—No, señora.

—Con tres F se gobierna Nápoles: *Forca, Festa, Farina*.

—¿Eso cree usted, señora?—pregunté riendo.

—Mi parecer es que sobran dos, y que con *Forca* hay suficiente.

—Entretanto—dijo el Rey,—vamos a sentir un temblor de tierra; conforme usted supone, sir Guillermo.

—Lo temo.

El Rey tocó un timbre; un sirviente acudió al llamamiento.

—Enganchen—le dijo.

—¿Adónde vais?—preguntó Carolina.

—A Caserta. ¿Y vos?

—Yo me quedo aquí.

—¿Y usted, señora?—me preguntó el Rey.

—Si la Reina se queda, me quedaré yo—respondí.

—¿Y usted, sir Guillermo?

—Señor, no me contraría estudiar de cerca el fenómeno.

—Estúdielo usted, mi querido amigo. Afortunadamente, no es usted ni gordo ni asmático como aquel sabio romano que se ahogó en Stafia... ¿Cómo le llama usted?

—Plinio, señor.

—Plinio, eso es. ¿Qué tal? Diga usted ahora, señora, que no conozco la historia antigua.

—¡Ah, señor! ¿Quién os ha echado en cara jamás semejante cosa? Cuando se ha tenido por profesor a un duque de San Nicandro, se sabe todo.

—¡Ah, señora! Ya es mucho saber que no se sabe nada. El instinto suple en mí la inteligencia, y eso me salva.

El sirviente volvió para anunciar que el coche estaba preparado.

El Rey salió precipitadamente. Y momentos después oímos el rodar del vehículo que conducía a Su Majestad lejos de Nápoles.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
LXIV "ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

María Carolina era por temperamento, intrépida y audaz; cuando el Rey se mostraba pusilánime, tenía ella singular placer en dar una prueba de ani-

mosidad, de osadía. Aunque la atmósfera estuviese pesada, aunque el *siroco*, ese viento que todo napolitano mira como a un enemigo personal, sopla con violencia, Carolina me propuso, lo mismo que a sir Guillermo, que fuésemos al encuentro del peligro, por decirlo así, dirigiéndonos en coche hasta el puente de la Magdalena.

Sir Guillermo tenía el frío valor de un inglés de buena cepa, y cuando se trataba de cosas de ciencia, iba hasta la temeridad. Aceptó, pues, la proposición con alegría.

Sin participar en nada del entusiasmo científico de mi marido, sin tener el caprichoso deseo de la Reina, ávida de aventuras, no podía yo, cuando ambos iban a buscar un peligro acaso imaginario, resistirme a correr la eventualidad de ese peligro. Hubiese yo preferido, sin duda, quedarme y esperar el suceso; pero, a impulsos de la dignidad, me ofrecí a tomar parte en la excursión.

A las doce de la noche en punto salimos de palacio en carruaje.

—¡Al puente de la Magdalena!— dijo la Reina.

El cochero hizo emprender a los caballos una marcha acelerada.

El aire estaba impregnado de azufre y se percibía ese rumor subterráneo que precede a las grandes catástrofes volcánicas y que comunica a la Naturaleza toda un vago sentimiento del peligro aun antes de manifestarse ese peligro.

Las aguas del mar se agitaban dando la impresión de una marmita puesta al fuego, cuyo hirviente líquido se revuelve y, en la ebullición, sube del fondo a la superficie. Con sus fosfóricos centelleos, el golfo parecía una inmensa balsa de fuego.

La luna flotaba entre cárdenos efluvios, semejando una bomba colosal lanzada por monstruoso mortero.

Todo el mísero pueblo del *basso porto* se había guarecido en sus casuchas; el silencio de las estrechas y sombrías calles que desembocan en los muelles, era turbado solamente por algunos perros vagabundos que dirigían lastimeros aullidos a la luna.

Así la mano de la Reina.

—Tengo miedo—le dije.

—Tranquilice usted a su mujer, mi lord—dijo la Reina,—pues de lo contrario va a ponerse enferma.

En aquel momento, un hombre envuelto en una capa, no obstante el sofocante calor que se sentía, se paró y miró con extrañeza pasar el carruaje; realmente, aunque iba con nosotros sir Guillermo, no era aquella hora nada a propósito para pasear las mujeres, y mucho menos por tales barrios de la ciudad.

—¡Reina Carolina—dijo el desconocido,—provocáis a Dios!

Y se perdió por un callejón llamado *via dei Sospiri-del-Abisso*, es decir, calle de los Suspiros del Abismo, porque los condenados van a la muerte pasando por esa calle, desde la cual divisan por primera vez el patíbulo.

—¡Oh! ¡Dios mío, señora!—exclamé,—¿qué significa eso? ¿quién es ese hombre?

—Algún jacobino olvidado por Vanni—murmuró la Reina,—y que me amenaza, no pudiendo hacer otra cosa.

Llegamos al puente de la Magdalena, pero a la altura de la estatua de San Javier, los caballos se pararon y obstinaron en no continuar la marcha.

El cochero los fustigó inútilmente; se encabritaron y apoyaron en el parapeto del puente.

—¡Señora, señora!—dije yo, estrechando la mano de la Reina,—ese hombre no era un enemigo, sino un amigo; no vaya usted más lejos; ¡no provoqué a Dios!

—¿Qué les pasa a los caballos, Cayetano?—preguntó la Reina.

—No lo sé, señora—dijo el cochero,—pero no quieren de ninguna manera traspasar la estatua de San Javier.

—¿Se descubre en el camino alguna persona o algún objeto que pueda asustarlos?

—No veo nada, señora; pero los animales perciben a veces lo que los hombres no alcanzamos.

—¿Oye usted lo que dice este imbecil?—preguntó la Reina a sir Guillermo.

—Señora—respondió éste,— su co-

chero plantea, sin explicarlo, uno de los problemas de la Naturaleza. Se ha demostrado hasta la evidencia que en los eclipses, en los temblores de tierra, en todos los grandes cataclismos de la Naturaleza, los animales son advertidos por su propio instinto antes que el hombre lo sea por su razón. Según toda probabilidad, la montaña no tardará en dar señales de vida.

En efecto, cual si el Vesubio no hubiese esperado más que aquel instante para estallar en furor, se oyó de las profundidades de la tierra un rugido intenso, terrible, y una sacudida violenta hizo rodar hacia atrás el carruaje.

Los caballos relincharon y se cubrieron de sudor como el mar se cubre de espuma.

—¡Señora! ¡señora!—exclamó el cochero,—bien decía yo que los caballos veían algo que yo no descubría... ¡Vea Vuestra Majestad!

Y señaló con el dedo la cima de la montaña.

Una humareda negra y espesa empezaba a salir del cráter, elevándose verticalmente como una gigantesca torre. La inmensa columna de humo era a intervalos alumbrada por relámpagos seguidos de detonaciones parecidas a las de baterías de cien cañones.

La Reina me cogió la mano y la estrechó; su corazón de bronce empezaba a flaquear.

—Si Vuestra Majestad quiere a todo trance permanecer aquí—dijo Cayetano con voz temblorosa,—le ruego que se apee, porque no respondo de los caballos.

En aquel momento se oyó una detonación espantosa; sentimos una fuerte sacudida y me pareció que todo oscilaba en torno mío.

—¡Señora!—grité,—¡en nombre del Cielo, volvámonos, volvámonos!

Pero no tuvo la Reina necesidad de dar orden de regreso; los caballos emprendieron una carrera vertiginosa por la pendiente del puente en dirección a la Marina.

—¡Señora, señora!—exclamaba el cochero,—no puedo sujetar los caballos.

—Pues, ¡sea lo que Dios quiera!—dijo la Reina.

Una nueva detonación, más formidable que las anteriores, retumbó en la atmósfera; sentí correr por mis venas un calofrío, y me desvanecí de terror.

Cuando abrí los ojos, el coche estaba parado; Cayetano tenía sujetos a los caballos por el freno, y pude ver que estábamos frente a la calle *dei Sospiri-del-Abisso*.

En el momento en que el vehículo iba a estrellarse contra el ángulo del muelle, el mismo hombre que poco antes gritara a la Reina que no tentase a Dios, se había abalanzado a coger la brida de los caballos, con riesgo de ser aplastado, y con fuerza sobrehumana, los detuvo.

La sacudida fué tan violenta, que Cayetano había sido despedido de su asiento; pero se levantó en el acto y corrió a apoderarse del freno.

El desconocido, viéndole dueño del tiro, desapareció con paso precipitado.

Nada había visto yo. Me desperté como de un sueño. La Reina me hizo aspirar un frasco de sales.

—¡Ah! a Dios gracias—exclamé al recobrar el conocimiento,—Vuestra Majestad ha salido ilesa.

Era una cosa singular, pero la Reina ejercía sobre mí el poder que el magnetizador tiene, según se dice, sobre el hipnotizado; cuando yo me encontraba a su lado, mi alma parecía que anhelaba desprenderse del cuerpo para ir a confundirse con la suya.

Cayetano ocupó nuevamente el pescante; los caballos parecían sosegados como por encanto, y, sin otro accidente, llegamos a palacio.

Me sentía fatigada y como si todos mis miembros se hubiesen dislocado. La Reina me obligó a recogerme en mi habitación que estaba inmediata a la suya.

Sir Guillermo pidió permiso para subir al terrado del palacio para mejor observar el fenómeno del volcán. Creo yo que, para resolver un problema geológico, se hubiese arrojado en el cráter, lo mismo que Empedócles, dejan-

do las chinelas en la cima de la montaña.

No vi nada más; pero he aquí lo que me contaron:

Las sacudidas se sucedieron con rapidez, extendiéndose particularmente de Norte a Sur, esto es, de Portici a Torre del Annunziata.

Como siempre, Nápoles salió indemne.

Sobre las tres de la madrugada, el camino que se extiende a lo largo del Vesubio se llenó de fugitivos que se dirigían a Nápoles abandonando sus viviendas, y venían a refugiarse tras el puente de la Magdalena, o mejor dicho, tras la estatua de San Jenaro, que, desde el punto más elevado del puente, protege a la ciudad.

El sol había lucido brillante y en un cielo diáfano; pero la columna de humo y de ceniza que salía del Vesubio se extendió pronto por todo el firmamento; las aguas, que son el espejo del cielo, adquirieron un tinte opaco, y poco a poco, la luz cenital desapareció como en un eclipse.

Cuando me levanté, a las diez de la mañana, me pareció que eran las diez de la noche.

A partir de aquel instante, hasta dos días más tarde, del 13 al 15 de junio, el sol no brilló más, los ruidos de la montaña aumentaron y la obscuridad adquirió tonos más sombríos.

Al día siguiente, día 14, si los relojes no hubiesen marcado el curso del tiempo, habría sido imposible precisar si era de día o de noche. Las tinieblas eran tan profundas, que en Chiaia y en Toledo, las dos calles más amplias de Nápoles, parecía que se vivía en el interior de una cámara oscura.

El cardenal-arzobispo, acompañado del clero de toda la ciudad, sacó de la catedral la reliquia de San Jenaro, y seguido de toda la nobleza y de todo el pueblo, aquélla rezando, éste cantando himnos, se dirigió al puente de la Magdalena, invocando la protección del santo tutelar de la ciudad.

La Reina fué a oír la misa que precede a dicha ceremonia; pero yo, como protestante, no pude acompañarla. El pueblo, observando la presencia de una

herética en una iglesia, habría sido capaz de atribuirle la catástrofe y desquartizarme.

El arzobispo, el pueblo, la nobleza permanecieron orando en el puente desde las dos de la tarde hasta entrada la noche. Y digo mal, diciendo la noche, pues no había ni día ni noche. Las campanas solamente, tocando el *Ave María*, anunciaban el retorno de las tinieblas.

Durante la noche del 15 al 16, atrajo las miradas de todo el mundo un ruido parecido al de un polvorín que vuela. Toda la población de Nápoles se encontraba en la calle; los más asustadizos tendidos en el suelo, ocultando la cara contra la tierra; otros, menos despavoridos, de rodillas, y todos, en fin, encorvados bajo el peso del acontecimiento.

El cráter del volcán vomitó un inmenso haz de fuego, el cual se elevó y deshizo en restos candentes que cayeron sobre el declive de la montaña; entonces salió de la cumbre un doble río de fuego, uno de cuyos ramales se deslizó con dirección a Resina, y el otro tomó la de Torre del Greco.

Treinta mil personas, hombres, mujeres y niños, siguieron con los ojos y llenos de estupor, aquel doble torrente de lava.

Toda la llanura que se extendía entre el volcán y Resina, todas las casas de campo que se levantaban en esa planicie, fueron cubiertas por la lava; pero la terrible inundación, como obedeciendo a un mandato sobrenatural, se detuvo a las puertas de Resina.

Por desgracia, no ocurrió lo mismo en Torre del Greco. Una antigua erupción había cubierto la mitad de la ciudad, y después, deteniéndose de repente, formó un sombrío escollo que dominaba la parte respetada por el azote.

Sobre ese escollo, cual sobre otra roca de Tarpeya, se había edificado una nueva ciudad, y entre ésta y la vieja establecióse una comunicación por medio de una escalera tallada en la lava.

Esta vez, todo fué invadido, sumergido; la inundación volcánica cortó la ciudad nueva por su base, y de lo alto del escollo se precipitó, como catarata

de fuego, sobre la ciudad vieja, que fué cubierta por la lava hasta el nivel de las más altas casas y del campanario de la iglesia. Después, el torrente, arrastrando consigo los restos de ambas ciudades, rodó hacia el mar y formó un rompeolas tras el cual pudieron las embarcaciones encontrar un abrigo.

Todo esto ocurrió en la noche del 15 al 16, como si el terror de la catástrofe tuviese, para llegar a su colmo, necesidad del terror que inspiran las tinieblas.

Por la mañana del 16, el sol, que durante los últimos tres días había permanecido oculto, brilló en un cielo puro.

Una porción del Vesubio había sido arrasada por el propio Vesubio. La parte más alta de la montaña se había hundido en el cráter y precipitándose de una altura de más de mil metros, haciendo saltar aquel ramillete de llamas, que iluminó la superficie del mar a diez leguas a la redonda, e hizo desbordar los dos ríos de lava que inundaron la campiña.

Durante aquellas horas de duelo y espanto, todo se interrumpió en Nápoles, excepto los lúgubres trabajos de la junta de Estado; porque algunos de los actos emanados de ella datan de los tres días de la erupción. La cólera divina no había logrado apaciguar la cólera de los reyes.

Al día siguiente de la noche en que los caballos, al desbocarse, habían puesto en peligro nuestras vidas y que habíamos sido salvados por la milagrosa intervención del misterioso desconocido, la Reina mandó llamar al jefe de policía y le dió encargo de descubrir a su salvador. Todas las diligencias practicadas resultaron inútiles; ninguna mano pudo descubrir el velo que ocultaba el extraño suceso.

El día 15 el Rey escribió diciendo que, habiendo serenado el tiempo, se proponía cazar el día 17, y que, por consiguiente, no regresaría hasta el 18.

De lo que había podido ocurrir en Nápoles, o en sus alrededores, no decía una sola palabra; nada había llegado a su noticia, con lo cual queda patentizado lo poco que todo ello le importaba.

## LXV

En pocas palabras he explicado la sentencia y muerte de Tomás Amato, una de las primeras víctimas del comité.

Las prisiones empezaron tan pronto como hubo partido el almirante de Latouche-Tréville. Hacia, pues, cuatro años que algunos de los acusados estaban presos.

Esos acusados eran en número de cincuenta y cuatro. El procurador fiscal, Basilio Palmieri, dijo, al empezar la persecución, que tenía pruebas contra veinte mil personas.

Entretanto, había pedido la última pena para treinta de los acusados, con previa aplicación de la tortura.

Pero el tribunal se dió por satisfecho condenando a muerte solamente a tres, otros tantos a galeras, trece a castigos menores. Los demás fueron puestos en libertad.

El jefe de la conjuración era un tal Pedro di Falco. Hizo confidencias, denunció el plan de los conjurados; pero esas confesiones nunca llegaron a ser del dominio público, y el denunciador fué enviado a la isla de Tremiti sin haber sido careado con sus secuaces.

La decisión de los jueces por la pena de muerte, era singular; se habría dicho que querían aplicarla en holocausto a la Parca.

Los tres condenados eran tres jóvenes, casi niños, pertenecientes a la clase aristocrática, colegiales aún por la edad, ignorantes del mundo, en el que no habían tenido ocasión de entrar, y conocidos tan sólo de sus condiscípulos por sus triunfos de colegio.

La edad de los tres juntos no formaban la edad de un hombre viejo.

El mayor se llamaba Vicenzo Vitigliano, y tenía veintidós años; el segundo, Manuel de Deo, de veinte; el tercero, Vicente Gagliani, y era su edad de diez y nueve años.

Un grito de piedad se levantó en toda la ciudad cuando se conoció el fallo y se supo que había recaído contra tres jóvenes cuyo único crimen, ha dicho un historiador contemporáneo, consistía en haber hablado de cosas que fueran mejor haber sido calladas, y en haber aplaudido aquello que tenía necesidad de ser examinado.

Su gran crimen era haberse hecho cortar los cabellos y propuesto, los primeros, adoptar la moda introducida en Francia por el actor Talma, cuando la primera representación de *Tito* de que he hablado en otro lugar.

Cuando me enteré de lo que ocurría, de la edad de los condenados y de quienes eran, y cuando se me demostró la imposibilidad de que hubiesen conspirado seriamente, sentí profunda piedad por aquellos tres arbolillos que iban a ser cortados de raíz sin haberseles dado tiempo de producir ningún fruto.

Corrí hacia la Reina, que me recibió con hosco semblante y el entrecejo fruncido.

—¿También tú vienes a interceder por ellos?—me preguntó.

—¿Y si viniese a interceder por ellos, señora, se negaría Vuestra Majestad a escucharme?

—Sí, porque estoy resuelta a dejar que la justicia siga su curso, y tu súplica no sería más que una importunidad inútil.

—¡Oh, señora!—le dije, juntando las manos,—¡tan jóvenes y tan poco peligrosos!

—No son, ciertamente, de condición tan dañina, que merezcan ser extirpados; convengo en ello.

—¡Oh, señora! vos misma lo reconocéis.

—Hay momentos en que me pregunto si esos miserables jueces han condenado a los tres muchachos por falta de entendimiento o por traición; pero debo decirte que me inclino por la traición.

La miré con extrañeza.

—¿No entiendes? Si los perdonara, sentaría un precedente que me obligaría en adelante a perdonar a todos, porque todos se declararían también inocentes. Si los dejo ejecutar, todos los padres me aborrecerán y todas las madres me maldecirán. No habrá una sola madre que tenga un hijo de veinte años que no le estreche entre sus brazos, diciendo: «¡Librete Dios de la reina extranjera, de la austriaca!» como llamaban a mi hermana.

—¡Ah, señora, Vuestra Majestad está indecisa, y eso es simplemente indicio de que los jueces han fallado injustamente!

—La justicia no puede en ningún caso ser injusta, Emma. Su justicia, pues, se cumplirá.

Lancé un suspiro e incliné la cabeza sobre mi pecho, pronunciando algunas palabras en voz baja.

—¿Qué murmuras?—preguntó la Reina.

—Doy gracias a Dios por no haberme hecho reina, señora—le respondí.

Hubo un momento de silencio que la Reina interrumpió.

—Después de todo, la sentencia ha sido dictada esta mañana; tenemos, pues, tres días por delante para tomar una resolución... Tú te quedarás hoy aquí; la noche es buena consejera.

En aquel momento se presentó el Rey; me saludó, según costumbre, con mucha cortesía, indicándome con un signo que volviese a sentarme y haciendo él lo propio al lado de su mujer.

—Mi querida maestra—le dijo,—os participo que me ausento por tres o cuatro días.

—¿A dónde vais?

—A cazar en Persano.

—¿Habéis recibido aviso de estar amenazados de una nueva erupción volcánica?

—No, porque en tal caso no iría por el lado de Salerno, sino hacia Capua. No es un temblor de tierra, una erupción, lo que yo temo en los actuales momentos.

—¿De qué tenéis miedo?

—Bien lo sospecháis.

—¿Pero dudáis de la verdad de su

axioma, de la eficacia de una de sus tres *efes*?

—No de la eficacia, pero sí de la oportunidad.

—¿Y en la duda?

—En la duda, me ausento... ¿Acaso no es de sabios semejante parecer?

—¿Es decir que no quiere usted estar presente a lo que va a ocurrir?

—Decís bien, no quiero presenciar nada. ¿Soy yo, por ventura, el que ha reunido la junta, ni el que ha hecho regresar de Londres a Castelcicala? ¿Soy yo el organizador de esa famosa cámara obscura, cuya existencia sólo conozco, afortunadamente, de oídas? No; todo eso es obra vuestra, señora. Yo me dedico a la caza, a la pesca, yo me entrego al reposo en San Leucio; soy lo que se llama, históricamente hablando, un rey holgazán. Vos, señora, vos sois quien reina; vos lleváis el cetro y sois una Catalina II; un día seréis llamada la Semíramis del Mediodía, así como la czarina ha sido llamada la Semíramis del Norte. Y eso será muy glorioso para vos y para mí; pero justo es que, ya que disfrutáis de las ventajas de esta situación, os alcancen también sus inconvenientes.

—¿Conque os proponéis dejarme, ante Nápoles, ante Europa, la responsabilidad de la muerte de esos tres jóvenes?

—¿De qué jóvenes habláis?

—De los que han sido condenados por el comité esta mañana.

—¡Ah! ¿el comité ha condenado esta mañana a tres jóvenes?

—¿Lo ignorabais?

—Sí, por mi fe; ejerzo tan secundaria influencia en el Gobierno, que nadie se toma la molestia de ponerme al corriente de los asuntos públicos.

—Basta de bromas sobre este particular, señor. El asunto es grave; así que, hablemos de él seriamente, o de lo contrario, no hablemos.

—No hablemos, es lo que deseo. Sabéis que tengo la costumbre de no entrometerme sino en aquello que me atañe. He venido a decirlos que salgo para Persano, donde me propongo pasar algunos días. Si vos lo hubieseis ignorado, habríais podido estar intran-

quila, y no quiero apartar un solo instante su atención de las altas especulaciones de la política, para detenerla sobre mi persona mísera. ¿Decís que tres jóvenes han sido condenados a muerte? ¡Pobres jóvenes! Lo siento; pero, ¡qué hacerle! si son culpables, si han conspirado contra vos...

Yo tomé la palabra.

—Eso es, precisamente, señor, lo que preocupa el excelente corazón de Su Majestad la Reina, quien no está segura de que esos jóvenes sean culpables, ni siquiera de que no sean inocentes.

—¡Cáspita! en este caso, mi querida embajadora, no faltaría más sino que la Reina los dejase ejecutar. La muerte de aquel loco que fué colgado el otro día, ha causado ya muy mal efecto; la de tres inocentes sería mucho peor. Reflexionadlo bien, señora, reflexionadlo.

—Pero, señor—objetó la Reina visiblemente contrariada de llevar la desventaja en una discusión con su marido,—aunque yo quiera perdonar, ¿tengo facultades bastantes? Yo no soy el Rey.

—¿Cómo, no sois el Rey!

—No, no soy el Rey, sino la Reina.

—¿A mí me lo decís?... ¡Pardiez! ¿Quién es el Rey? El que preside el Consejo; el que da órdenes a los ministros; el que declara la guerra y hace la paz. ¿Dónde diablo habéis visto que yo me ocupe en tales cosas? Sois vos la que se consagra a ellas, señora; por consiguiente, en realidad, sois vos el Rey.

—El Rey, señor, es aquel que tiene la firma.

—Bien sabéis, señora, que soy tan perezoso, que para no tener siquiera el trabajo de firmar, me mandé hacer una estampilla.

—Que está encerrada en una arquilla cuya llave guardáis vos, señor.

—En eso precisamente he caído, al disponerme a emprender el viaje para Persano; y heme dicho que, pues todo está en vuestras manos, debe estarlo igualmente esta llave, y os la traigo.

—¡Oh, dénosla, señor, dénosla!—exclamé.

—Señora—dijo Fernando a la Reina que le miraba con expresión taciturna,—os advierto que la firma real está ahora en manos de lady Hamilton, y que sería peligroso dejársela, porque podría con la mayor facilidad vender Malta o Sicilia a Inglaterra, que no desea otra cosa; ¡y eso sería un gran perjuicio para nuestra corona!

Y saludándonos a la Reina y a mí con el aire burlón que le era característico, salió haciendo un movimiento indicando que se lavaba las manos.

—Sí, comprendo—dijo la Reina,—te lavas las manos. Pilatos también hizo lo mismo, y sin embargo, no por eso ha dejado de perseguirle la maldición de la historia durante diez y ocho siglos... Dame esa llave, Emma; yéremos lo que hay que hacer de ella.

Se la presenté poniéndome de rodillas.

En aquel momento anunciaron que el procurador fiscal Basilio Palmieri solicitaba el honor de ofrecer sus respetos a la Reina.

—¡A las mil maravillas!—dijo la Reina.—Si no hubiese venido, yo le habría mandado buscar... ¿Quieres ver, Emma—continuó, dirigiéndose a mí.—la fisonomía de un vulgar bribonazo?

—Estoy dispuesta a quedarme o a salir, según Vuestra Majestad disponga y me ordene.

—No, eres tú la que debes resolver, y conforme sea el estado de tu ánimo.

—Pues bien, señora, ya que Vuestra Majestad lo deja a mi elección, es tal el interés que tomo en todo lo que se relaciona con nuestros infelices jóvenes, que opto por quedarme.

—Quédate, pues...

Y volviéndose al servidor que acababa de anunciar la visita del magistrado:

—Que entre el señor procurador fiscal Basilio Palmieri—dijo la Reina

## LXVI

Ninguna cara como la de don Basilio Palmieri denunció jamás tan fielmente a un vulgar bribonazo, como así le calificaba la Reina.

Se presentó, encorvado hasta el suelo; si hubiese podido arrastrarse desde la puerta a los pies de la Reina, lo habría hecho.

La Reina le recibió en pie.

El señor procurador fiscal intentó primeramente excusarse por lo poco que había obtenido del tribunal. Había pedido treinta cabezas: no era culpa suya si se le habían concedido tres solamente; había pedido la tortura; también poco era culpa suya si se le había denegado.

—Está bien, señor—respondió fríamente Carolina;—será usted más afortunado otra vez.

—Vengo a poner mis humildes respetos a los pies de la Reina y a preguntar a Vuestra Majestad si puedo serle útil en algo.

—Puede usted prestarme dos servicios, señor—respondió Carolina.

—¡Yo!—exclamó el procurador fiscal con asombro,—¿yo, prestar servicios a Vuestra Majestad? Recibir sus órdenes, señora, querrá decir.

—Usted puede—continuó la Reina—decirme cuál de los condenados tiene su domicilio más cerca del palacio real.

—El joven Manuel de Deo, señora—respondió el procurador fiscal, no explicándose el objeto de semejante pregunta.

—¿Tiene padre y madre?—preguntó la Reina.

—Padre solamente.

—¿Sabe usted su dirección?

—Sí, señora.

—Démela.

—José de Deo, calle de Santa Brígida, cerca del mercado de granos, a la mitad de la calle.

—Gracias, señor. Anota esta dirección, Emma.

Saqué de mi bolsillo mi librito de memorias, y anoté con diligencia la dirección dada por el procurador fiscal.

—¿En qué prisión están los condenados?—preguntó la Reina.

—En la Vicaría, señora.

—Aquí tiene usted papel, tintero y pluma; ¡escriba usted, señor!—le dijo la Reina, señalándole una mesa en la que había recado de escribir.

Don Basilio Palmieri, no atreviéndose a sentarse delante de Su Majestad, puso una rodilla en tierra, y, con la pluma en la mano, se dispuso a escribir.

—¿Está usted pronto?—preguntó la Reina.

—Sí, señora.

La Reina dictó:

«El director de la Vicaría obedecerá ciegamente las órdenes que le dé la persona portadora de esta esquila...»

—Ya está, señora.

—Ahora, ponga la fecha y la firma, y advierta al referido alcaide que usted ha dado una orden para él.

—¿Y debo decirlo qué augusta persona...?

—Nada debe usted decirle, señor; porque usted no conoce mis intenciones, y deseo que no se proponga conocerlas.

—¿Tiene Vuestra Majestad otras órdenes que comunicarme?

—Ninguna.

—Entonces, tendré el honor de despedirme y de poner a sus pies mis profundos respetos.

La Reina hizo un ligero signo de cabeza, y el procurador fiscal se retiró sin volver la espalda.

—¿Qué debo hacer de esta dirección, señora?—pregunté a la Reina.

—Guárdala; oportunamente te daré mis instrucciones.

En cuanto a la orden que se había hecho dar para el alcaide de la Vicaría, la leyó de nuevo, para cerciorarse de que estaba tal como había sido redacta-

da. Después, viendo que no sobraba ni faltaba una sílaba, dobló el papel y lo puso en una carterita que solía llevar consigo.

Yo la seguía con la mirada, procurando adivinar su pensamiento.

—Veo con satisfacción, señora—le dije,—que la precaución del Rey, al dejarle la llave del sello real, no habrá sido inútil.

—Nada he resuelto aún; todo dependerá de los propios condenados—respondió la Reina.—En todo caso, te reservo un papel en el desenlace, sea el que fuere; así que, prepárate a des- empeñarlo.

—¿Qué preparativos me son necesarios?

—Estar aquí a las ocho de la noche, vestida de negro.

—¡Oh, señora! el negro es mal presagio.

—Tranquilízate, es solamente para que no nos vean.

—¿Saldremos, pues, esta noche, señora?

—Quizás salgamos juntas, acaso saldrás tú sola.

—¿Qué quiere hacer Vuestra Majestad de mí?

—Lo que Dios hizo sin consultarme: una embajadora.

Quise proseguir el interrogatorio, pero la Reina llevó su mano a mis labios.

—Todo se hará en su tiempo, amiga mía, y no tendré misterios para ti. Ten, pues, paciencia y espera la noche.

Entonces, me retiro, señora, porque, continuando a su lado, no tendría bastante fuerza de voluntad para dejar de hacerle preguntas.

—Es lo mejor que puedes hacer, porque tus preguntas no obtendrían ninguna explicación.

—¡Está Vuestra Majestad hoy muy cruel conmigo!

—¿Qué importa mi crueldad si a favor de tu protección se salvan tus protegidos?

—¡Oh! con esta condición, señora, soy toda suya. Aquí está mi brazo; muerda Vuestra Majestad, hasta que sangre.

María Carolina lo cogió como si realmente quisiese morderlo; pero se limitó á rozarlo con sus labios.

—¡A fe mía, sería lástima!—dijo, trocando el mordisco propuesto en una caricia.—Por otra parte, no se sabe si es de carne o de mármol, y temería hincar en él mis dientes. Vete, y no dejes de estar aquí a las ocho en punto.

—Esté tranquila Vuestra Majestad; no me haré esperar.

A las ocho de la noche en punto entraba en la cámara de la Reina completamente vestida de negro.

La Reina me esperaba, vestida también de negro.

—¡Oh!—dijo al verme,—es la primera vez que te veo de negro. ¿Sabes que te sienta a maravilla y que eres hermosa hasta lo indecible?

—Y Vuestra Majestad también, señora, pero no importa; yo preferiría verla vestida de otro modo; tenemos el aspecto de dos viudas.

—¿Te parece que sería un gran infortunio para nosotras?

—Con respecto a mí, lo sería, se lo juro; amo mucho a sir Guillermo.

—Al extremo de erigirle una tumba, como la Reina Artemisa—dijo riendo María Carolina;—pero sin llegar a la heroicidad de quemarte sobre su hoguera.

—Yo le juro que si hubiese nacido en Malabar...

—Pero, según creo, has nacido en el ducado de Gales, lo cual me tranquiliza. Mas ahora no se trata de eso. Te he dicho que esta noche tenías que desempeñar una misión de embajadora. ¿Estás preparada?

—Espero las órdenes de Vuestra Majestad.

—¿Tienes la dirección que te ha dado don Basilio?

—Aunque no la tuviese, la recuerdo: calle de Santa Brígida, cerca del mercado de granos, a la mitad de la calle.

—¿Y el nombre del padre del conde-

nado?

—José de Deo.

—Pues bien, vas a subir en un carruaje sin armas ni blasones, que he mandado disponer para ti; harás su-

bir en el carruaje a José Deo, y le conducirás aquí.

—¡Cómo, señora!—exclamé con viva alegría;—¿quiere Vuestra Majestad ver al padre de ese desgraciado joven?

—Sí, es una fantasía, un capricho mío.

—Entonces, está salvado.

—Todavía no.

—¿Y soy yo la que debo ir a buscarle?

—Salvo que te niegues.

—¡Yo negarme a ser el ángel salvador de un desgraciado, el mensajero celeste enviado a una pobre familia!

—Bien; puesto que así lo crees, no pierdas tiempo, y llena tu cometido.

—¡Oh! voy corriendo, señora. ¡Mi manteleta, mi manteleta!

Al llegar, la había colocado encima de un sillón.

La Reina la cogió y me la puso en los hombros.

—Y ahora—me dijo,—anda, paloma del arca, y trae el ramo de olivo.

Salí precipitadamente y bajé los pedaos ligera como el ave que la Reina había nombrado; y, saltando al interior del carruaje, grité al cochero:

—¡Calle de Santa Brígida!

## LXVII

Del palacio real a la calle de Santa Brígida sólo median cuatro pasos. En un instante, pues, salvé la distancia. Bajé del coche en la dirección indicada. Como eran poco más de las ocho de la noche, la tienda de granos estaba aún abierta, y mandé preguntar por el domicilio de José de Deo.

El comerciante en granos, que era el proveedor de las caballerizas reales, reconoció al cochero que le preguntaba, y viendo a una señora junto a la puerta del carruaje, se me acercó, ad-

que iba por encargo del Rey o de la Reina.

Me habían visto tan a menudo recorrer las calles de Nápoles en el coche de Su Majestad, y sentada al lado suyo, que el negociante me reconoció a mí también.

—¡Oh! milady—me dijo,—el individuo por quien pregunta usted, está muy acongojado actualmente; su hijo ha sido, esta mañana, condenado a muerte por el comité.

—Lo sé—respondí,—y es precisamente por eso por lo que deseo verle; y como es usted su vecino, desearía saber la casa y el piso donde habita.

—En esa casa, señora, piso tercero. Y esto diciéndome, me indicó la casa contigua a la suya.

—Haga usted abrir—dije al cochero.

—Pero—añadió el negociante,—dudo que lo encuentre usted en su casa, señora.

—¿Dónde puede estar?

—Le he visto salir.

—¿A tales horas?

—Sí.

—Habría ido, seguramente, a implorar a alguno de los jueces.

—¡Oh! señora, a la hora de ahora, ningún juez puede hacer nada, ni por el infortunado padre, ni por el infortunado hijo.

—Pues, entonces, ¿adónde ha ido? El comerciante me miró.

—¿Quiere usted saberlo en absoluto?—me preguntó.

—Sí, quiero absolutamente saberlo, y ahora mismo.

—¿Es en bien suyo? Perdona usted, si la interrogo, señora; pero el pobre padre lleva ya sobre sus viejos hombros tan enorme costal de dolores, que si usted añadiese a esa carga un solo adarme más, haría una obra caritativa aquél que le ocultase a usted su actual paradero.

—No puedo prometer nada; pero vengo con una intención de misericordia.

—En este caso, voy a acompañarla, y que Dios me perdone si usted me engaña.

Me dispuse a seguirle.

—¿Tenemos que recorrer mucha distancia?—pregunté.

—Diez pasos.

El hombre empezó a caminar delante de mí; yo le seguí. Efectivamente, después de haber recorrido unos diez pasos, se detuvo, junto a la portezuela de la iglesia de Santa Brígida.

—¡Ah!—murmuré,—comprendo por qué no estaba en su casa.

Mi acompañante llamó, y la puertecita se abrió en el acto. Un sacristán nos introdujo en la iglesia, que estaba a oscuras, excepto una capilla, que era la única parte alumbrada.

Entramos. El negociante en granos me mostró un viejo que aparecía, no ya arrodillado, sino recostado sobre las gradas del altar y pegada la frente en el mármol.

—Aquí tiene usted al hombre que busca—me dijo.

Le di gracias, se fué y me dejó sola; pero, al llegar a la puerta, la curiosidad le retuvo, y, en compañía del sacristán, se quedó mirando lo que iba a suceder.

Sin hacer ruido, me acerqué al viejo; estaba orando, y, no habiendo notado mi presencia, le toqué en el hombro; levantó una rodilla y apoyó una mano en la grada del altar.

—¿Quién es usted y qué quiere?—me preguntó.—¿Es usted el ángel que yo invocaba?

—No, no soy el ángel que usted llamaba—le dije;—pero, aunque no sea un ángel, no dejo acaso de venir en nombre de Dios.

—¿Qué quiere usted decir, señora? ¿Sabe usted quién soy yo, y por quién estoy rogando?

—Usted es don José de Deo, y ruega por su hijo Manuel.

—¡Sí, sí!

—Entonces, sígame.

—¿Adónde?

—A la morada de la Reina.

El asombro se reflejó en su semblante.

—¿A ver a la Reina?—dijo dudando entre la alegría y el temor.—¿Qué puede decirme la Reina? ¿Sabe usted que corre el rumor de ser ella la que quiere